



LAS MUJERES Y EL INGENIO EN FRANCIA

ME desayunaba al extremo de una larga mesa, en el hotel Bailly de Suffren, y me entretenía en leer mi correspondencia y los periódicos, cuando me distrajo la conversación ruidosa de media docena de hombres sentados al extremo opuesto de la mesa. Eran viajantes.

Hablaban de todo con convicción, con autoridad, con mofa, con desdén, y me dieron claramente idea de lo que es el espíritu francés en lo que se refiere á la inteligencia, razón y lógica de su particular modo de ser.

Uno de ellos, de roja cabellera, ostentaba una medalla militar y otra de la Sociedad de Salvamento—un valiente—; otro más pequeño y grueso, hacía graciosos equívocos sin cesar, y reía á mandíbula batiente, antes de dar tiempo á los demás para

comprenderlos; otro, con el pelo cortado al rape, reorganizaba el Ejército y la Magistratura, reformaba las leyes y la Constitución, definía una República ideal acomodada á su profesión de corredor de vinos; los dos últimos se divertían en contarse sus hazañas, sus aventuras de trastienda ó conquistas de criadas.

Y yo veía en ellos toda la Francia, la Francia legendaria, espiritual, móvil, aguerrida y galante.

Estos hombres eran verdaderos tipos de la raza, tipos vulgares, pero bastaría poetizar poco para encontrar en ellos el francés que nos pinta la Historia: esta vieja señora exaltada y embustera.

Verdaderamente es una raza divertida y alegre, marcada con cualidades muy especiales que no se encuentran en ninguna otra. Es desde luego nuestra veleidad la que distingue tan alegremente nuestras costumbres y nuestras instituciones. Ella asemeja nuestro país á una sorprendente novela de aventuras cuya continuación para el siguiente día deja entrever lo inesperado, el drama y la comedia, cosas terribles ó grotescas. Enfádese ó se indigne cada cual, según la opinión que tenga, es bien cierto que ninguna historia del mundo es más divertida y variada que la nuestra.

Desde el punto de vista del Arte puro—y ¿por qué no admitir este mismo punto de vista especial y desinteresado en política como en literatura?—no

tiene rival. ¿Hay algo más curioso y más sorprendente que los acontecimientos acaecidos hace un siglo?

¿Qué veremos mañana? Esta esfera de lo imprevisible, en el fondo, tiene poco atractivo, porque todo es posible entre nosotros, desde las más inverosímiles bromas, hasta las más trágicas aventuras.

¿De qué nos asombraremos nosotros? Cuando un país ha tenido Juanas de Arco y Napoleones, puede ser considerado como un suelo milagroso.

Además, adoramos á las mujeres. Las queremos con ardor y con inconstancia, con ligereza y con respeto. Nuestra galantería no es comparable á la de ningún otro país.

El que guarda en su pecho la llama de los últimos siglos prodiga á las mujeres una ternura sin par, suave, sentimental y desconfiada al mismo tiempo. Ama cuanto es de ellas y cuanto de ellas viene, lo que son y todo lo que hacen; sus trajes y galas, sus chucherías, sus adornos, sus astucias, sus sencilleces, su candor, sus perfidias, sus mentiras, sus gracias. Las ama á todas, ricas ó pobres, jóvenes ó viejas, rubias ó morenas, gruesas ó delgadas. Se siente satisfecho cerca de ellas, y permanece indefinidamente sin cansancio, sin disgusto, feliz con sólo su presencia. Sabe desde sus más tiernos años, con una mirada, con una sonrisa, manifestar que las ama, despertar su atención, aguijo-

near su deseo de agradar y hacerlas desplegar para él todas sus seducciones. Entre ellas y él se establece pronto una viva simpatía, una familiaridad instintiva como un parentesco de carácter y naturaleza.

Entre ellas y él comienza una especie de combate de coquetería y de galantería, se establece una amistad misteriosa y batalladora, se estrecha una oscura afinidad de corazón y de alma.

Sabe decirlas lo que las agrada, hacerlas comprender lo que piensa, mostrarlas—sin ofenderlas nunca, sin mortificar su frágil y móvil pudor—un deseo discreto y vivo siempre despierto en sus ojos, siempre vibrante en su boca, siempre encendido en sus venas. Es su amigo y su esclavo, el servidor de sus caprichos y el admirador de su persona. Está dispuesto á cualquier llamamiento, á ayudarlas, á defenderlas como aliado secreto. Le gustaría sacrificarse por ellas, por las que conoce poco, por las que no conoce, y hasta por las que no ha visto nunca.

« No las pide nada más que un poco de afecto, un poco de confianza ó un poco de interés, un poco de agrado ó hasta de pérfida malicia. Le encanta en la calle la mujer que pasa y cuya mirada le envuelve. Le gusta la jovencita de sueltos cabellos, con un lazo azul en la cabeza y una flor en el pecho, con la mirada tímida ó atrevida, con paso corto ó li-

gero que transita entre la gente por las aceras. Le gusta, igualmente, la tendera soñadora encerrada en su trastienda, la hermosa negligente extendida en su carruaje descubierto.

Desde que se encuentra frente á una mujer, se siente emocionado. Piensa en ella, habla por ella, trata de agradarla y de hacerla comprender que ella le agrada. Tiene para ella frases amorosas, que acuden á sus labios, caricias en su mirada, un deseo de besarle la mano, de tocar la tela de su vestido. Para él, las mujeres adornan el mundo y hacen seductora su vida.

Le gusta sentarse á sus pies, por el solo placer de estar allí; busca su mirada sólo para encontrar su pensamiento fugaz y velado, y le seduce escuchar su voz, únicamente porque es voz de mujer.

Por ella y para ella el francés aprende á hablar, y á ser ingenioso.

Conversar, ¿que es eso? ¡Misterio! Es el arte de no mostrarse nunca aburrido, de saber decirlo todo con interés, de agradar con cualquier cosa, de seducir con nada.

¿Cómo definir este vivo desfloramiento de los asuntos, por las palabras, este juego de volante con frases flexibles, esta especie de sonrisa ligera de las ideas que debe ser la conversación?

Sólo en el mundo el francés tiene tal ingeniosidad, y sólo á él en el mundo, le gusta y lo comprende.

Tiene ingenio fugaz, é ingenio duradero, el ingenio de la calle y el ingenio de los libros.

Lo que permanece es ese espíritu en el sentido lato de la palabra, ese gran soplo irónico ó alegre, esparcido en nuestro pueblo desde que piensa y habla, es el nervio terrible de Montagne y de Rabelais, la ironía de Voltaire, de Baumearchais, de San Simón y la prodigiosa risa de Molière.

La agudeza, la palabra es la moneda corriente de su carácter. Y con todo, es sólo una condición, un aspecto particular de nuestra inteligencia nacional. Es uno de sus encantos más vivos. Produce la alegría escéptica de nuestra vida parisién, la agradable despreocupación de nuestras costumbres. Es un factor de nuestra amenidad.

En otro tiempo se escribían en verso estos agradables juegos de ingenio; hoy se escriben en prosa. Se llaman según los tiempos, epigramas, pasatiempos, agudezas, chistes. Recorren la ciudad y los salones, nacen en todas partes, en el bulevar como en Montmartre. Se los imprime en los periódicos. De un lado á otro de Francia corren y hacen reír. Sabemos reír.

Porque una palabra en vez de otra, la unión imprevista y chocante de dos términos, de dos ideas ó á veces de dos sonidos, una chuscada cualquiera, un *quid pro quo* inesperado, abren las compuertas de nuestra alegría y la hacen estallar

como una mina que volara todo París y todos los departamentos.

«¿Por qué reirán los franceses?», se preguntan los ingleses y los alemanes, no comprendiendo nuestra expansión.

¿Por qué? Porque somos franceses, porque tenemos la inteligencia francesa y porque poseemos la encantadora facultad de reír. Entre nosotros un poco de ingenio basta para gobernar. Del buen humor nace el genio. Una frase afortunada de un gran hombre, le hace grande para la posteridad. Todo lo demás importa poco. El pueblo estima y quiere á los que le divierten y perdona á los que le hacen reír.

Una sola mirada sobre el pasado de nuestra patria, nos hará comprender que la reputación de nuestros grandes hombres, á veces ha sido conseguida solamente con una frase feliz. Los más aborrecibles príncipes han llegado á ser populares por sus oportunidades graciosas, repetidas de siglo en siglo.

Palabras, palabras y nada más que palabras irónicas ó heroicas, agradables ó soeces, las palabras sobrenadan en nuestra historia y la hacen comparable á una colección de equívocos.

Clovis, el rey cristiano, al oír leer la Pasión de Cristo, exclamó:

—¡Que no estuviese yo allí con mis Francos!...

Este príncipe, para reinar solo, pasó á cuchillo

á sus aliados y á sus parientes; cometió todos los crímenes imaginables; se le mira, sin embargo, como un monarca civilizador y piadoso.

—¡Qué no estuviese yo allí con mis Francos!...

No sabríamos nada del buen rey Dagoberto, si una canción no nos hubiese enseñado algunas particularidades, sin duda erróneas, de su existencia.

El rey Pipino, queriendo arrojar del trono al rey Childerico, propuso al papa Zacarías la insidiosa cuestión siguiente:

«¿Cuál de los dos es más honrado, el que cumple dignamente todas las funciones de rey sin tener tal título, ó el que lleva este título sin saber gobernar?»

¿Qué sabemos de Luis VI? Nada. ¡Oh, sí! en el combate de Brenueville, como un inglés pusiera una mano sobre su hombro, gritando: «El rey está preso.» Este príncipe, verdadero francés, respondió: «¿No sabes tú, que no se coge nunca á un rey, ni aun en el ajedrez?»

Luis IX, aunque santo, no nos dejó ni una frase que recordar: por esto su reinado nos parece horriblemente aburrido, lleno de oraciones y de penitencias.

Felipe VI, ese necio, derrotado y herido en Crey, fué á llamar á la puerta del castillo de l'Arbroie, gritando: «¡Abrid, es la fortuna de la Francia!»

Y aún se nos hace simpático con esa frase de melodrama.

Juan II, prisionero del príncipe de Gales, le dijo, con acento caballeresco y una galantería de trovador francés: «Contaba invitaros á cenar hoy conmigo, pero la fortuna quiere que yo cene en vuestra casa.» Nadie hubiera sido más ocurrente en la adversidad.

«No es al rey de Francia á quien toca vengar las querellas del duque de Orleans», declaró Luis XII con generosidad. Es verdadera frase de rey, digna de ser recordada por todos los príncipes.

Francisco I, ese simplón, perseguidor de muchachas y general desgraciado, ha salvado su memoria y rodeado su nombre de una aureola imperecedera, escribiendo á su madre estas pocas palabras magníficas, después de la derrota de Pavía: «Señora, todo se ha perdido menos el honor.»

Hoy mismo, ¿no nos parece esta frase tan hermosa como una victoria? ¿No ha inmortalizado al príncipe tanto como la conquista de un reino?

Olvidaremos quizá las batallas y sucesos ocurridos en aquella época lejana, pero no olvidaremos jamás, «Todo se ha perdido menos el honor».

Enrique IV: ¡Salud, señores, es el soberano! Astuto, escéptico, falso, hipócrita, artero como nadie, falaz y engañador, corrompido, borracho y sin creencias hasta lo inconcebible, ha sabido, sin embargo, por algunas frases felices, alcanzar en

la historia, una admirable reputación de rey caballeresco, generoso, valiente, probo y leal.

¡Oh, trapacero! ¡Cómo supo jugar con la bestialidad humana!

« ¡ Ahórcate, valiente Crillon; hemos vencido sin til! »

Después de una frase semejante, un general está siempre dispuesto á dejarse matar por su señor.

En el momento de librarse la famosa batalla de Yory: « Muchachos, si las cornetas os faltan—dijo—, seguid mi penacho blanco; le hallaréis siempre en el camino del honor y de la victoria. »

¿Podría dejar de ser siempre victorioso el que hablaba así á sus capitanes y á sus tropas?

Quiere París el rey escéptico, le quiere, pero es preciso escoger entre su fe y la hermosa ciudad:

« Basta—dice—; París bien vale una misa ». Y cambió de religión como hubiese cambiado de traje. ¿No es verdad que la frase hizo aceptar el hecho? « París bien vale una misa. » Su gracejo hizo reír á las gentes y nadie se incomodó.

¿No llegó á ser patrono de los padres de familia al preguntar al embajador de España, el cual sorprendióle sirviendo de caballo al delfín: « Señor embajador, ¿es usted padre? »

El español respondió: « Sí, señor. »

« En este caso—dijo el rey—continúo. »

Pero conquistó para la eternidad el corazón francés, lo mismo en la clase media que en el pueblo, por la más hermosa frase que jamás pronunciara un príncipe; una frase genial llena de profundidad, de bondad, de malicia y de buen sentido:

« Si Dios meconce de vida, no quiero que haya en mi reino ni un campesino tan pobre que no pueda echar gallina en su puchero los domingos. »

Con estas frases es como se domina y se gobierna á las muchedumbres entusiastas é ignorantes. Con dos frases Enrique IV dibujó su fisonomía particular para la posteridad. No se puede pronunciar su nombre sin que venga á la imaginación el penacho blanco y el caldo de gallina.

Luis XIII no tuvo ni una frase feliz. Este rey triste tuvo un triste reinado.

Luis XIV dió la fórmula del poder personal absoluto: « El Estado soy yo. »

Dió ejemplo con las pomposas palabras políticas que establecen las alianzas entre los pueblos: « Ya no hay Pirineos. »

Su reinado está reflejado en esa frase.

Luis XV, el rey corrompido, elegante y espiritual, nos ha dejado la encantadora nota de su soberana despreocupación: « Después de mí, el diluvio. »

Si Luis XVI hubiese tenido el acierto de hacer también una frase, tal vez habría salvado la mo-

narquía. Con un rasgo de ingenio, ¿no habría evitado quizá la guillotina?

Napoleón I prodigaba á manos llenas las frases precisas para enardecer á sus soldados.

Napoleón III apagó con una frase corta todas las cóleras futuras de la nación al prometer: «El imperio es la paz.» ¡El imperio es la paz! ¡Afirmación soberbia, mentira admirable! Después de haber dicho eso, podía declarar la guerra á Europa entera sin temer nada de su pueblo.

Había encontrado una fórmula sencilla, neta, admirable, capaz de impresionar los espíritus, y contra la cual los hechos no podían prevalecer.

Hizo la guerra á la China, á Méjico, á Rusia, á Austria y al mundo entero. ¿Qué importa? Ciertas gentes hablan todavía con convicción de los diez y ocho años de tranquilidad que nos dió «El imperio es la paz.»

También con palabras, con palabras más mortíferas que las balas, Rochefort abatió el Imperio atravesándole con sus rayos, haciéndole pedazos, desmigajándole, no dejando en pie más que una silueta de soberano ridículo y moribundo.

El mariscal Mac-Mahón nos ha dejado un recuerdo de su paso por el poder: «Aquí estoy y me quedo.» Y por una frase de Gambeta fué á su vez derribado: «Someterse ó dimitir.» Con esos dos verbos, más poderosos que una revolución, más

formidables que las barricadas, más invencibles que un ejército, más temibles que todos los votos, el tribuno echó abajo al soldado, aplastó su gloria y anuló su fuerza y su prestigio.

En cuanto á los que hoy nos gobiernan, caerán porque no tienen ingenio, caerán porque el día del peligro, el día de la revolución, el día del estallido y del choque inevitable, no sabrán hacer reir á Francia y desarmarla con una oportunidad.

De todas las frases históricas no hay más que diez que sean auténticas. ¿Qué importa, mientras que las crean pronunciadas por aquellos á quien se atribuyen?

En el país de los jorobados
es preciso serlo
ó parecerlo,

dice la canción popular.

